



Secesionismo y deconstrucción

Es frecuente asociar el término deconstrucción a la voluntad de desmontar los planteamientos metafísicos, al empeño de anular los opuestos o, en general, a la operación de desmitificación o desideologización de cualquier discurso esencialista, ignorante de los estratos temporales que esconde su propia estructura conceptual cuando aborda la pregunta '¿qué es...?'. Nos gusta deconstruir, no tanto que nos deconstruyan, pues estamos convencidos que ideología es el pensamiento del otro, no el nuestro, siempre capaces del más fino análisis intelectual.

La cuestión catalana ha pasado ya de la fase puramente destructiva a la propiamente deconstructiva, más sugestiva. Durante la última década asistimos, incrédulos e impotentes la mayoría, al proceso de metamorfosis del catalanismo. Contemplamos cómo del nacionalismo moderado se pasaba al secesionismo; del sentido común y el pragmatismo de los líderes a la sinrazón y la sinvergonzonería; del posibilismo político a la obcecación ideológica; de la modernización económica a la destrucción del tejido empresarial y a la fractura social.

Ha sido un espectáculo excesivamente largo y tedioso, sin mayor aliciente para las gentes sensatas que la especulación sobre la forma que revestiría el fracaso final de la intentona secesionista. Ha sido un puro acontecimiento de palabras, muy dissociado de la experiencia del mundo real, si no fuera por las consecuencias demasiado visibles y desgraciadas que tanto

discurso fatuo ha acarreado. Todos convienen que el 'procés' está muerto, aunque no sepan cómo enterrarlo. Este es el último acto del drama que presenciamos.

La parafernalia discursiva y los simulacros de acción de los secesionistas (consultas populares y declaraciones parlamentarias incluidas), sin verdadera referencia a la auténtica realidad de las cosas, han mostrado su impotencia ante lo que no ha sido, paradójicamente, más que silencio y acción contenida por parte del Gobierno: la aplicación de un 155 mínimo precedido y seguido de un discurso también mínimo. En representación del Estado, aquí quien ha hablado ha sido el rey Felipe, con bastante claridad y dureza, por lo que no ha gustado evidentemente a todos.

La prudencia del PP gobernante (su falta de coraje y los complejos en el sentir de muchos de sus votantes) le ha pasado factura en las elecciones catalanas convocadas por el propio Rajoy al amparo del 155, y el futuro pinta amenazador, a tenor de las encuestas que desde entonces apuntan a un 'sorpasso' de Ciudadanos (C's) en el centro derecha español, sino sucede algo mayor. El fantasma de UCD sigue vivo. El presidente invoca su principal responsabilidad de defender el orden institucional de libertad, antes que atender a sus intereses particulares o electorales, pero eso no le valió a Suárez (que incluso se atrevió a dimitir) para evitar la destrucción de su partido.

El golpe catalán ha puesto a prueba la capacidad de aguante de la sociedad española, muy resentida tras la experiencia de la crisis económica. Rajoy se reivindica como artífice de la recuperación, pero no valora suficientemente el efecto de cansancio acumulado y hasta agotamiento que ha venido a añadir la cuestión catalana, jugando desde el inicio el secesionismo con explotar a su favor la presunta debilidad española ante la crisis. Los detalles conocidos a raíz de las investigaciones policiales y judiciales sobre la utilización concreta que se ha hecho de las instituciones autonómicas catalanas para

atentar contra el Estado y contra las reglas democráticas de convivencia y respeto político al adversario, se vuelven también contra la inacción del Gobierno de España.

La desmoralización de la sociedad hacia sus gobernantes y los políticos en general ha sido instrumentalizada por el populismo, cuyo potencial destructivo se acaba de poner de manifiesto en Italia, pero ha provocado también el rearme de la sociedad civil, con logros evidentes como se está viendo en Cataluña con la reciente irrupción de Tabarnia. Con ella, la cuestión catalana ha iniciado – sorpresivamente por su eficacia– la etapa deconstructiva. El secesionismo ante su espejo se muestra realmente impotente. Resulta más fácil desmontar una estructura conceptual, como sin duda es el nacionalismo, utilizando su misma argumentación, pero en sentido inverso.

Desde los resultados electorales del 21-D, donde la concurrencia separada de los secesionistas permitió a Ciudadanos convertirse en el partido más votado de Cataluña, las cosas siguen cambiando. El discurso del actor Boadella en el exilio, semanas después, emulando mucho más a Tarradellas que a Puigdemont, ha dignificado la virtud del humor como virtud cívica frente a las inadmisibles patochadas de algunos políticos que envueltos en su bandera personal han perdido hasta el sentido del ridículo. Ha demostrado también su poder moralizador (en el sentido orteguiano de elevar la moral) y movilizador, no ya en la calle como se vio el pasado 4 de marzo, sino en la opinión pública. La última encuesta de voto catalana, con fuerte descenso del apoyo al secesionismo, parece certificar el éxito de la deconstrucción como estrategia de lectura aplicada a la política.

Juan Mariá Sánchez-Prieto es profesor de Sociología de la UPNA y miembro de Sociedad Civil Navarra



Podemos, las pensiones y el desfibrilador

Inmediatamente después de las elecciones de junio de 2016, Diario de Navarra publicó un artículo firmado por quien esto escribe, titulado “Desagravio a los viejos”. El texto no era más que una reivindicación de la impagable aportación de los pensionistas y jubilados a la cohesión y supervivencia de la sociedad española durante la crisis que comenzó en 2008.

Si consideré necesario redactar tal desagravio, fue en respuesta a algunas posiciones sumamente ofensivas sobre dicho colectivo, según las cuales su voto había sido determinante en el resultado de las elecciones recién celebradas. Más concretamente se achacaba a estas cohortes de población la frustración del “cambio”, y la victoria del Partido Popular. Esta posición fue abanderada por Podemos, principal damnificado por el resultado electoral, y tuvo mucho eco en sus resonadores digitales y mediáticos.

Conviene recordar la ristra de salvajadas que prefirió el tuitero podemita, poniendo la “jeunesse caviar” (ellos), frente a una España casposa, avejentada y carca, secuestrada por el facherío. Recuérdelo, porque a veces parece que en este país la memoria funciona solo para lo que les conviene a algunos.

De aquello hace menos de dos años, y hasta donde uno sabe, la situación del sistema de pensiones era entonces tan insostenible como ahora, las pensiones eran tan “de miseria” como ahora, la hucha se vaciaba a ojos vista, y las soluciones al problema estaban muy lejos, como ahora. Sin embargo los pensionistas, para Iglesias y los suyos, no eran más que un estorbo, una incómoda alambrada de espino en su asalto a los cielos.

Las pensiones no están sustancialmente peor, aunque estén fatal... pero Podemos sí que está peor, mucho peor que en 2016. De estar pensando en asaltar los cielos y gobernar España, Podemos ha pasado a ser un partido catatónico, paralizado, dividido, desangrado en purgas y disensiones internas, zurrañdose la badana por seguir pisando moqueta y con un líder que ha pasado de ser el perejil de todas las salsas a vivir bunkerizado.

Y en estas andábamos cuando llegó la carta. La carta, ya lo habrán adivinado, es el papel -o papeloñ, más bien- en el que el ministerio del ramo anunciaba la ambiciosa subida de un cuartillo en las pensiones. Llegó la carta, se indignaron los pensionistas, se echaron a la calle y ardió Troya.

Cabriá esperar que aquel mismo podemismo que despreciaba sin contemplaciones a las quintas más añejas en 2016 sería refractario a sus problemas en 2018. Si les sobraban entonces ¿por qué les iban a necesitar ahora? La respuesta es sencilla: porque Podemos estaba urgentemente necesitado de un desfibrilador que lo devolviera a la vida, un carro reivindicativo al que subirse -aunque tiren otros, como siempre-, y una causa que abanderar con el ojo puesto en las próximas elecciones, municipales y autonómicas de 2019. Un caso de parasitismo de los de manual.

Podemos se ha revelado como una máquina bastante precisa cuando se trata de gestionar el barullo y el descontento. Cuando se trata de gestionar, a secas, la cosa cambia. En un

asunto tan complicado como el sistema de pensiones, tiran por la calle de en medio: “la solución al problema de las pensiones bajas es... subirlas”. Ciertamente, pero insuficiente. Pero si mientras tanto se capitaliza políticamente la frustración y volvemos a abrir los informativos ¿qué importancia tiene que proponamos los remedios de Perogrullo?

Podemos siempre ha presumido de abrazar causas justas. Las reivindicaciones de los pensionistas seguramente lo son. Curiosamente, en España se ha tratado otra causa justa que tiene que ver con pensionistas. Se trataba de ver cómo ayudar a los pensionistas venezolanos -varios miles- que llevan desde 2015 sin cobrar sus pensiones. Pues bien, hubo casi unanimidad a la hora de apoyar estas iniciativas. Solamente Podemos y asociados se opusieron a las medidas propuestas, porque “todo lo que tiene que ver con Venezuela se instrumentaliza con fines políticos”.

Evidentemente, es exactamente eso, instrumentalizar con fines políticos, lo que Podemos pretende hacer con las pensiones y los pensionistas españoles. Al tiempo.

Alfredo Arizmendi Ubanell es licenciado en Medicina y Odontología



El gran patrimonio de la trashumancia

Que nadie piense que la trashumancia es una tradición reciente, es una costumbre ancestral. La trashumancia es el desplazamiento de los animales en busca de alimentos y de condiciones climáticas favorables. Siempre se han producido las grandes migraciones de animales rumiantes salvajes hacia zonas de pastos frescos y abundantes. Posiblemente, la más numerosa sea la de millones de ñus, cebras, gacelas... que atraviesan el río Mara desde el Serengeti a la reserva Masai-Mara de Kenya –y al contrario-, un gran espectáculo que se sigue produciendo cada año.

La primera trashumancia gestionada por el hombre se produce con el nomadismo a partir de las primeras domesticaciones –ihace más de 10.000 años!-, en la que familias y rebaños se desplazaban continuamente en busca de alimento para el ganado, es el primer gran ejemplo del buen trato del hombre hacia el animal.

Lo que se conoce como trashumancia en España es el traslado a pie en primavera de los rebaños de ovejas de raza Merina hacia los pastos tiernos de montaña en el norte (Castilla), y la vuelta en otoño hacia las zonas más bajas y templadas (Extremadura y Andalucía), con unos trayectos largos de unos 800-1.000 km.

El rey Alfonso X El Sabio creó la Mesta (1273) para apoyar a los ganaderos que realizaban esta práctica por el gran valor que tenía su lana para el Reyno de Castilla, también llamada el “oro blanco”. Los rebaños se desplazaban por las cañadas reales (con una anchura de 90 varas castellanas o 75,2 m), los cordeles, las veredas y los ramales, que supusieron una red de unos 124.000 km en total y unas 421.000 ha de superficie, un gran tejido geográfico que unió y vertebró la España de la

época.

Mucho más tarde, en 1501, se promulgó el polémico Derecho de Posesión por el que los ganaderos trashumantes podían disfrutar “de por vida” de los pastos a cambio de una renta vitalicia. Este edicto se abolió en 1786 y, 50 años más tarde, la propia Mesta.

La Mesta llegó a organizarse en 4 asambleas o cuadrillas en las principales cabeceras de las cañadas reales: León, Segovia, Soria y Cuenca. Cada cuadrilla nombraba un Alcalde Entregador que podía ejercer de juez si llegaba el caso. Debido a su carácter recaudador existían los Procuradores –recaudadores- y los Contadores –contables-. Toda la gran organización estaba presidida por el Alcalde Entregador Mayor, nombrado por el rey, que tenía asiento en el Consejo del Reino, tal era su importancia.

De manera regular, entre 3 y 4 millones de ovejas merinas realizaban la trashumancia. A lo largo de las cañadas reales se instalaron los Esquileos, grandes edificios donde las ovejas se esquilaban en primavera, y los Lavaderos para lavar la lana antes de su aprovechamiento industrial. Dada su gran calidad, prácticamente la mitad de la lana producida se exportaba al Reino Unido, Países Bajos, Francia, Italia..., donde era muy apreciada para la industria textil.

En aquella época la lana era la principal materia prima del comercio exterior: quien controlaba su mercado se convertía en la primera potencia mundial, este papel le correspondió a España durante mucho tiempo. Los principales centros textiles europeos dependían de la lana fina española por lo que según la época entre 2.000 y 5.000 Tm de lana salían cada año de los puertos castellanos –Laredo, Bilbao, Fuenterrabía...- rumbo a Europa. En los años de esplendor la corona de Castilla llegó a ingresar hasta un tercio de la recaudación total de los impuestos provenientes de la lana. La trashumancia ha supuesto un gran patrimonio social, económico y cultural en nuestro país.

¿Y qué ha ocurrido en Navarra? Ya el rey Sancho Ga otorgó en el s. IX (882) a los pastores roncaleses el disfrute de los pastos bardeneros; más tarde, los reyes Catalina de Foix y Juan de Albret se lo concedieron a los salacencos. Aunque los principales trayectos son de los valles pirenaicos a las Bardenas, de norte a sur, y viceversa, también se diseñaron de este a oeste de recorrido más corto, con lo que Navarra quedaba ampliamente surcada y vertebrada en todas las direcciones. Aquí las vías pecuarias recibían el nombre de Canã- das Reales (40 m), Traviesas, Pasa- das y Ramales, con una menor longitud y anchura que las castellanas.

La trashumancia sigue vigente en Navarra, aunque quedan pocos rebanõs que la siguen haciendo a pie. La entrada en las Bardenas en el mes de setiembre se ha convertido en un espectáculo festivo. Este paraje tan singular se convierte en un gran refugio durante el invierno para unas 60.000 ovejas navarras, gracias a la gestión ganadera y ambiental que realiza la Junta General de Bardenas formada por miembros de los 19 pueblos riberos congozantes, junto con los valles del Roncal, Salazar y el Monasterio de la Oliva.

La existencia de la trashumancia ha facilitado que la Navarra del norte y la del sur hayan estado más unidas a través de la economiá pastoril y de las uniones familiares. La Asociación de Amigos de las Canãdas de Navarra sigue manteniendo viva la llama de una tradición tan interesante que no debería perderse.

Antonio Purroy Unanua es catedrático de Producción Agraria y miembro de Sociedad Civil Navarra



La Memoria Negra

La vida cotidiana nos envuelve y el tiempo transcurre implacable y sin pausa. Por eso es tan importante que todos los años, cada 11 de febrero, los ciudadanos navarros encontremos juntos un pequeño espacio de tiempo para recordar y homenajear a las víctimas de ETA, siguiendo el espíritu de la declaración institucional adoptada por el Parlamento de Navarra en el año 2015, aunque con los votos en contra de Bildu-Nafarroa, Aralar-Nabai e I-E.

Hoy más que nunca, resulta esencial que los ciudadanos subrayemos en todos los foros posibles, incluidos los académicos, la distinción de moral y de calidad humana entre las víctimas de ETA y sus asesinos y, además, que nos neguemos a la aceptación acrítica del elemento clave de la nueva narrativa sobre el terrorismo: el relato del “conflicto”, el mito que lo justifica.

La presencia en las instituciones democráticas de quienes se niegan a condenar la historia del terror y justifican con piruetas semánticas los asesinatos de la banda terrorista, está proyectando sobre las nuevas generaciones de navarros una nueva narrativa sobre el terrorismo. Como último ejemplo, el informe del “Mapa del Sufrimiento” impulsado desde el ayuntamiento de Etxarri-Aranaz por EH-Bildu.

La derrota de ETA se consiguió porque la respuesta a la violencia terrorista fue el Estado de Derecho. La sociedad española y las víctimas nunca respondieron con violencia, tal y como ETA deseaba. Por este motivo, a todos los ciudadanos

que sufrieron el horror de ese monstruo llamado ETA, les debemos cada 11 de febrero, el Día de la Memoria, un merecido homenaje por la lección de humanidad que nos han dado a lo largo de todos estos años y por su explícita generosidad en muchísimos actos.

Por supuesto que los ciudadanos también recordamos con tristeza que hubo excepciones que mancharon este buen camino. Durante los años conocidos como los años de plomo, la convicción de que la eliminación física de los terroristas podía ayudar en la lucha contra ETA impulsaron, de modo equivocado, la creación del GAL y del Batallón Vasco Español, además de los execrables abusos de una pequeña parte de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado.

Detrás de estos abusos y asesinatos no hubo ningún proyecto político totalitario orquestado durante décadas para desestabilizar la democracia y, además, la respuesta del Estado de derecho fue la detención, juicio y condena de sus responsables por parte de otros funcionarios públicos. En cambio, ETA fue una estructura temible que oprimió durante más de cincuenta años fundamentalmente a toda la sociedad vasca y navarra, hasta llevarla a una situación de miedo y de terror inimaginables.

Por ello, de ningún modo estos actos violentos empañaron la trayectoria del colectivo de Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, con el que toda la sociedad tiene una deuda de gratitud por su incansable trabajo y espíritu de servicio para librar a la sociedad española del cruel azote terrorista.

Finalmente, no podemos olvidar que ETA pretendió imponer su proyecto totalitario con la fantasía historicista del conflicto vasco como agente legitimador de la violencia. La fantasía de un pueblo vasco oprimido y en conflicto perpetuo con España no tiene ninguna base histórica y responde a la construcción victimista que todo nacionalismo necesita para tener razón de su existencia.

En realidad, los terroristas tuvieron la voluntad de matar en democracia por odio político a personas que, simplemente, no querían un modelo de sociedad para el País Vasco y Navarra con ese independentismo totalitarista como máximo referente.

Superados los años de la Memoria Negra, la nueva y malintencionada educación emocional busca desvincular la cuestión moral de la memoria de las víctimas. Todos son considerados a la vez víctimas y culpables, lo que en la práctica, les exonera de cualquier responsabilidad. En palabras de Hanna Arendt, la filósofa judía de origen alemán, "Donde todos son culpables, nadie lo es".

El viejo proyecto independentista abertzale, que fue la base ideológica para asesinar en democracia, necesita ofrecer una imagen renovada y limpia para aliviar conciencias y captar nuevos adeptos para la causa. Pero el espejo de la memoria de las víctimas no miente.

El monstruo que vino a vernos, devorando tantas y tantas vidas y envenenando a nuestra sociedad, se llamaba ETA. Y los ciudadanos no podemos, de ninguna manera, cerrar los ojos ante la intensa operación de cosmética oficial dirigida a las nuevas generaciones de navarros.





¿Non grata?, no gracias

El 24 de octubre de 2017, el ayuntamiento de San Andreu de Llavaneres declaró “personae non gratae” al Rey, al presidente y a la vicepresidenta de Gobierno de España, al delegado del Gobierno en Cataluña, a la líder de la oposición en el Parlament, y a otras personalidades de las que no me consta el nombre. Es digna de reseñar esa industriosisidad, tan catalana, que permitió gestionar la declaración en bloque, ahorrando esfuerzos y recursos. Parafraseando a Francisco de Rojas Zorrilla, los de Sant Andreu no dejaron en gracia “del Rey abajo, ninguno”.

La declaración se fundaba en una petición firmada por trescientos convecinos. El censo de Sant Andreu de Llavaneres es de unos 10.000 habitantes, así que la petición fue endosada por sólo el 3% de la población. ¡Bendito “tres por ciento”, que aparece, como el número pi, cada vez que ingresa uno en el círculo catalán!

Recientemente, el Parlamento de Navarra ha rechazado otra solicitud de declaración de “persona non grata” contra la consejera de Infraestructuras del Gobierno Vasco, señora Tapia. La consejera dijo que lo de unir las tres capitales de la CAV con Pamplona era unir “cuatro capitales vascas” y que era una cuestión de “construcción nacional”. La consejera debió de confundir el suelo del salón con las verdes campos de Foronda, y en vez de dejarse las ansias constructivas a la entrada del acto prefirió aprovechar el momento para invocar La Causa. Fue un ejemplo de oportunismo, pero no de

diplomacia.

Del ámbito diplomático procede la práctica de declarar a alguien persona non grata. La convención de Viena de 1961, sobre Relaciones Diplomáticas, reza en su artículo noveno que “El Estado receptor podrá (...) comunicar al Estado acreditante que el jefe u otro miembro del personal diplomático de la misión es persona non grata. (...) El Estado acreditante retirará entonces a esa persona o pondrá término a sus funciones en la misión”. En este contexto original, la declaración conlleva unas consecuencias jurídicas que en el ámbito parlamentario o municipal (o en cualquier otro) no existen.

Nadie pierde un derecho o prerrogativa por ser declarado persona non grata por un ayuntamiento o parlamento, aunque existen dudas sobre si el derecho al honor puede verse afectado, al ser el término “non grato” un juicio de valor sobre la persona en conjunto, y no sobre una determinada conducta u opinión.

Vistas así, las declaraciones de “persona non grata” no trascienden del nivel simbólico -que no es poco-. Podrían entenderse como un exabrupto institucional, como si el parlamento o el ayuntamiento dijeran: “Es usted un impresentable, pero se lo digo desde el respeto institucional, sin acritud y por mayoría”. Ya se sabe que cuando uno suelta un exabrupto se queda muy aliviado.

Sin embargo, estas declaraciones, si proliferan, serán un problema serio. En primer lugar, el exabrupto, por institucional que sea, intoxica el debate, y acaba envenenando las relaciones. Imaginen que un ciudadano es marcado con el sambenito del “non grato” con la consiguiente exposición pública. ¿Puede sentirse posteriormente coartado en su libertad de expresión, conciencia o actuación? ¿Puede ser esa declaración un aviso a navegantes para que el resto ande con ojo?.

He hablado de sambenito con intención. Las declaraciones de “persona non grata” son públicas. ¿Y si a alguien le diera por pasar de las palabras a los hechos y evidenciar a mamporreros lo non grata que le resulta la persona en cuestión? Al Rey no le van a lapidar en Llaveneras ni a la consejera en Pamplona, principalmente porque no los pisan y porque la mayoría de la gente está civilizada y sabe distinguir. Pero la mayoría no son todos, y si la tendencia a colgar el sambenito de non grato se consolida y se extiende, estaríamos ante una nueva situación, con nuevos riesgos y funestas consecuencias para la libertad. Señalamiento e indefensión son un excelente caldo de cultivo para el mal, y el mal nunca es anecdótico.

Quizá estemos en el momento adecuado para que parlamentos, ayuntamientos y otras instituciones se dediquen de una buena vez a aquello para lo que están constituidos, y se autoimpongan un límite en esa creciente afición a juzgar y colgar estigmas a las personas, por más que sus opiniones les resulten fastidiosas a sus ilustres componentes.

Alfredo Arizmendi Ubanell es licenciado en Medicina y Odontología y miembro de Sociedad Civil Navarra



Todas las ‘Tabarnias’ del

mundo

Yo la considero la palabra del año; la que llegó casi a humo de velas, en los estertores finales de 2017, para ponerle una nota de desfachatez y de sana locura a la insana locura del proceso independentista catalán. Por tener, tiene hasta esa resonancia fantasiosa y tintinesca de los países imaginados: Syldavia, Ruritania, Fridonia y, desde hace unos días Tabarnia.

Si algún lector desconoce qué es Tabarnia, la Wikipedia la define como “la denominación propuesta para un territorio de Cataluña por parte de la organización Barcelona is not Catalonia, también llamada Plataforma por la Autonomía de Barcelona, que persiguen establecer como comunidad autónoma independiente una serie de comarcas de Tarragona y Barcelona”. En las últimas elecciones autonómicas, esta área se ha caracterizado por un voto bastante menos independentista que el resto de Cataluña.

En tiempos menos vistosos, Tabarnia hubiera sido poco más que una inocentada. Ahora las cosas se han trastocado de tal manera que hace falta poner en cuarentena casi todo lo que se lee. En este ambiente, Tabarnia ha pasado de divertimento marginal, a ser portada de medios tradicionales y digitales, nacionales y extranjeros, trending topic en las redes sociales socorrido tema de conversación en los corrillos.

La gloria mediática de Tabarnia pasará. Creo que está viviendo aquellos quince minutos de fama que Andy Warhol le recetaba a todo el mundo, pero sería una pena dejar languidecer el fenómeno como una anécdota o un episodio colateral. Tabarnia lleva algunas interesantes lecciones en su seno.

Tabarnia es la verbalización de algunas serias deficiencias estructurales de los movimientos secesionistas. El secesionista es un nuevo absolutismo. Del mismo modo que Luis

XIV dijo "El Estado soy yo", el secesionista dice "El pueblo somos nosotros". Trapaceramente se constituye en juez y parte. El nacionalismo delimita los criterios para "ser pueblo", y lo hace de modo que sólo él entra en la definición. A quien no cumple le caben dos remedios. O se fastidia y se queda fuera de la comunidad nacional (lo cual tiene costes que la Historia ha perseverado en evidenciar) o claudica -con más o menos sinceridad- para tener la fiesta en paz y quien sabe si el pan más o menos asegurado.

En toda comunidad afectada por tensiones secesionistas existe una Tabarnia difusa, volátil, de gentes que ni comulgan, ni quieren comulgar, ni falta que les hace, con semejantes planteamientos. Otra cosa es que se haya promovido (y financiado) que el secesionista esté más cohesionado desde el punto de vista asociativo, y que además monte más bulla por la calle. En esto ha tenido mucho que ver la capitalización del folklore local, que han llevado a buen puerto, así como la interesada difusión entre dicho folklore (que es un muy respetable estrato de la cultura), con la Cultura en mayúsculas, por fortuna mucho más rica y universal. Siempre insisto en que muchas actividades de claro tinte político se cuelgan el escapulario de lo cultural para resultar poco menos que intocables y para lograr pingües subvenciones. Así está la Omnium Cultural para demostrar lo que digo.

Lo que Tabarnia materializa en Cataluña es la rebelión contra este estado de cosas de esa poco cohesionada parte de la ciudadanía y su aglutinación en un hipotético Pueblo Disidente dentro, pero a la vez fuera, del Pueblo Elegido. Por eso la simple mención de Tabarnia molesta a los capirotos secesionistas: saben perfectamente que lo que comienza como una broma puede acabar en serio. Muy en serio.

Otras de las deficiencias reveladas por el fenómeno Tabarnia consiste en que, también de forma torticera, el secesionismo determina la escala de su propia actividad. Es su Alfa y Omega. El mismo derecho que prácticamente obliga a separarse

de España no podría ejercerse en un nivel ulterior. ¿Valdría el derecho a decidir para, pongamos por caso, escindir la Merindad de Tudela de ese hipotético Estado Vasco Independiente? De nuevo, quien se autoproclama “pueblo que decide” niega la categoría de pueblo y la capacidad de decidir a quien no se quiere conformar con la propuesta. Tabarnia es el segundo paso para llegar a una organización política compuesta por multitud de “repúblicas independientes de mi casa”.

Tabarnia ya no es broma. No es una entelequia, ni una utopía. No es, ni mucho menos, un asunto estrictamente catalán. En cierto modo, Tabarnia somos todos; por lo menos todos aquellos que creemos que ni el nacionalismo ni el independentismo, da igual el pelo que luzcan, tienen superioridad moral alguna sobre quienes no profesamos tan salvíficas ideologías.

Alfredo Arizmendi Ubanell es licenciado en Medicina y Odontología y miembro de Sociedad Civil Navarra

Tribuna de opinión publicada en Diario de Navarra el 16 de enero de 2018



'Gure esku dago': las manos que mecen la cuna

Gure Esku Dago ("Esta' en Nuestras Manos") se define como "una dinámica ciudadana que trabaja por el derecho a decidir del pueblo vasco". Sus principios son sencillos: el primero, somos un pueblo; el segundo, tenemos derecho a decidir; el tercero, es la hora de la ciudadanía. Esta plataforma desempeña, en el ámbito vasco, una función similar a la de la ANC en Cataluña. Por descontado, debe entenderse este ámbito en el sentido amplio que abarca la Comunidad Autónoma Vasca, Navarra y el País Vasco Francés.

Gure Esku Dago realiza diversas actividades. Entre ellas destacan las "consultas ciudadanas", en las que insta a "tomar la palabra en torno al futuro de Euskal Herria". Se han desarrollado en sucesivas oleadas, sobre todo en la Comunidad Autónoma Vasca. Estas consultas se convocarán en Navarra en 2019, coincidiendo con las elecciones.

Su propuesta es prodiga en almiar. En su página web abundan las referencias amables: el respeto, la voluntad, la solidaridad con otros pueblos, la participación, los derechos... El grafismo es estudiadamente naif, y las fotografías son grupales, resaltando el pulso colectivo de la iniciativa. La única fotografía que se sale de lo expuesto es aquella en la que unos recién casados votan para "decidir el futuro de Euskal Herria". Ni en semejante día se puede dejar de lado la Causa. Con todo, el resultado de las consultas ha sido decepcionante, aunque los resultados hayan sido abrumadoramente favorables al euskoprocés. La contradicción es sólo aparente, y fácil de resolver si se tienen en cuenta los datos relativos a censo y participación.

¿Qué ocurre en una localidad pequeña? El caso de cierto pueblo de la Barranca -que no nombraré- es paradigmático. El 65% del

censo participo' en la votación, con un 80% de votos afirmativos a la pregunta ¿Quieres ser ciudadano de un Estado Vasco independiente? Claro que eso son tan solo 194 votos. A cuatro pasos, la combativa Alsasua apenas movilizó al 17% de su censo de más de 6.000 personas.

¿Qué ocurre en una localidad grande? El caso de Getxo, en Vizcaya, es paradigmático también. La pregunta fue ¿Quieres que los ciudadanos vascos decidan su futuro político libremente? Votaron afirmativamente 7.950 ciudadanos, el 98% de los que acudieron a las urnas. Un resultado abrumador... salvo porque Getxo tiene unos 80.000 habitantes y la participación fue de un ridículo 12%.

Como vemos, el voto es casi unánimemente afirmativo, y la participación es inversamente proporcional al tamaño de la población. En grandes núcleos la incidencia de la plataforma es marginal. Intentaré apuntar una hipótesis para ambos fenómenos.

Sobre la unanimidad, basta saber que las consultas surgen por iniciativa popular, promovidas por personas y asociaciones que a priori son ya favorables a las tesis sobre las que se pretende consultar a la ciudadanía. No existe una alternativa real, ni existe una campaña real en la que se confronten diversos pareceres. Si una plataforma en favor del derecho a decidir plantea una consulta sobre el derecho a decidir, lo raro es que el resultado sea contrario al derecho a decidir. El portavoz de la plataforma, Ángel Oiarbide jugó con ventaja al decir que le daba igual el resultado, que lo importante era el debate; sabe perfectamente que si algo está fuera de duda es el resultado, y que el debate se centra en cuestiones de detalle.

La influencia del tamaño del censo parece de causa ambiental. Todo pueblo tiene sus zascandiles, gentes con ganas y tiempo capaces de llevarse al huerto a quien haga falta. Póngase a dos o tres de estos a "construir país" en la sociedad, en el

bar o en la tienda y afluirá la población a la convocatoria, aunque sea por no oírlos. No debe desdenarse el “efecto visillo”; cuanto menor es el grupo humano, más intensas las vigilancias, y mayor temor al qué dirán. En un núcleo grande es mucho más sencillo ir por libre. La despersonalización, diversidad y falta de cohesión que se atribuye a la vida urbana tiene el benéfico efecto de un cierto anonimato.

Gure Esku Dago quiere ser una de las manos que han de mecer la cuna del hipotético Estado vasco independiente, del cual se pretende que Navarra sea parte. Con el bagaje anteriormente expuesto aparecerá en Navarra en 2019. Personalmente sé que llegado el momento preferiré elegir el futuro político de mi comunidad en unas elecciones como Dios manda, no en un simulacro disfrazado de consulta popular.

Alfredo Arizmendi Ubanell es licenciado en Medicina y Odontología



Sentido de pertenencia

Si algo salta a la vista en Navarra es su carácter liminar, lo cual implica renunciar a cualquier planteamiento absoluto o trivial a la hora de referirse a ella. Decir que Navarra es Navarra es decir muy poco realmente. Las mismas características del solar navarro hablan de su gran diversidad natural, entre el Pirineo y la depresión del Ebro, entre las

Españas húmeda y seca. Territorio de encrucijada, 'puerta de Europa' para otras comunidades españolas y 'puerta de España' para otros países europeos –como gustaba repetir el geógrafo Alfredo Floristán Samanes–, Navarra se presenta como una tierra heterogénea cuya unidad se funda precisamente en la riqueza y complementariedad de aptitudes y recursos, también humanos, afirmados en la historia. Los sucesivos aportes de vascones, romanos y musulmanes, de aragoneses y castellanos, de españoles y franceses han forjado el ser y el existir navarros. La Navarra de ayer y de hoy no se entienden sino como un cruce de culturas en un medio natural atractivo y diverso.

Navarra es un gran espacio de frontera que –según plantea la convocatoria del próximo congreso de la SEHN– exige atender constantemente a su situación ideal entre lo viejo y lo nuevo, lo de fuera y lo de dentro, lo admitido y lo extraño. El hecho diferencial navarro es el mestizaje. La ambigüedad, la hibridez, la propia dificultad para apreciar los límites de la frontera hacen de Navarra un gran umbral de convivencia que lejos de diluirlo ha reforzado el propio sentimiento de identidad navarro, y facilita que se integren en él otros niveles de pertenencia. El Barómetro del Parlamento de Navarra 2016 –elaborado por la UPNA– ponía de relieve el peso del sentimiento navarro como identidad única (45,1%) frente a quienes se consideraban exclusivamente españoles (8,9%), vascos (5,4%) o europeos (5,1%). Combinando identidades únicas y mixtas, el valor más amplio del sentimiento navarro (80,6) era muy superior al vasco (34,1), español (24,3) o europeo (5,1).

Otros estudios –como los paneles de tendencias de CoCiudadana– establecen cómo tras la familia y los amigos, el 'apego a la tierra' destaca particularmente entre las prioridades navarras, muy por encima del trabajo, el tiempo libre, el tejido asociativo o la política. Asimismo, los informantes consultados atribuyen como primeras características de la

idiosincrasia de los navarros el ser 'amantes de su tierra' y 'tradicionales', antes que trabajadores o solidarios. Así, entre los distintos sentimientos (de unidad, coherencia, pertenencia, valor, autonomía, confianza) que componen el sentimiento de identidad, el sentido de pertenencia adquiere en los navarros una dimensión fundamental a la hora de organizar la propia voluntad de existencia, operando sobre los patrones y formas personales de percibir, de recordar, de vivenciar y estructurar el espacio y el tiempo, de anclarse en la propia comunidad.

La historiografía de los últimos siglos o la propia literatura de viajeros han sabido recoger, con colores nativos o desde la mirada del otro, esta cualidad. La obra de Yanguas, o la de Olóriz, Iturralde y Campián –en estos días envuelto de nuevo en la polémica–, o la de Caro Baroja, aceptado por todos, entre muchos otros nombres, insistieron en el valor de las antigüedades navarras, de sus leyendas y tradiciones, del apego a lo local, contribuyendo a reanimar o preservar la identidad cultural sin convertir la diferencialidad de Navarra en una unidad antropológica, lingüística o fisiográfica. Por su parte, la mirada del viajero romántico, una mirada con el alma que adquiere nuevas formas actuales, ha sabido poner siempre el paisaje al servicio de la reflexión, fundirlo con la poesía, penetrar el sentido de los usos y costumbres populares o el misterio de las lenguas propias en convivencia, para no dejarse vencer por el poderoso embrujo del territorio (en el progresivo contraste entre montaña y ribera, del Valle del Baztán al desierto de las Bardenas), contribuyendo esa mirada extraña a reforzar la propia conciencia nativa.

Nada de lo que sustenta el sentido de pertenencia y el propio sentimiento de identidad de los navarros debería utilizarse como instrumento político de división. Pese a las diferencias socioculturales y lingüísticas, la voluntad de seguir siendo navarros (se exprese con 'v' o con 'b') ha sido una constante en el devenir histórico y político de Navarra. También la

capacidad personal y colectiva de transitar y proyectarse desde espacios menores a mundos mayores, lo que lleva a descubrir asimismo numerosas fisuras, confluencias y fugas respecto a cualquier sentimiento de pertenencia primordial. Esto último puede entenderse como una consecuencia más de la liminaridad, que favorece la conciencia de una 'identidad compuesta', en la acepción de Maalouf. Pero, sin negar la necesidad de arraigo, es algo que responde al propio sentido de la libertad humana que hace, a la postre, que el individuo sea irreductible a su linaje, a su comunidad o a su nación, que los hombres "ya no pertenezcan a su pertenencia", en palabras de Finkielkraut.

Juan María Sánchez-Prieto

Publicado en Diario de Navarra (suplemento Marca Navarra), 3 de diciembre de 2017



Plural

Diversidad y convivencia como señas de identidad

No es el momento de dilapidar la herencia recibida en forma de bienestar, con enfrentamientos estériles identitarios que

tensan la sociedad navarra. Para la autora de este artículo, algunas políticas del actual Gobierno de Navarra ponen en riesgo la convivencia ciudadana.

La cita anual del Día de Navarra constituye una magnífica oportunidad para que todos los navarros celebremos juntos ese carácter específico de colectividad que sustentan siglos de historia y de vida en común. Si atendemos a épocas más recientes, después de la oscura y terrible etapa de la guerra civil y de la posterior dictadura franquista, poco a poco se abrieron paso en Navarra y en España la modernidad, el progreso y el bienestar de la mano de la democracia y de la Constitución del 78, si bien el terrorismo de ETA y su franquicia política, Herri Batasuna, estuvieron a punto de subvertirlas de modo irremediable. Por fortuna, los dirigentes políticos locales de la época supieron entender, desde sus respectivas atalayas ideológicas, que las diferentes realidades socio-culturales y lingüísticas de Navarra, lejos de separar a la población navarra, constituían en su diversidad y en su convivencia una de las señas de identidad de las gentes de la Comunidad Foral.

Poco a poco se abrieron paso en Navarra la modernidad, el progreso y el bienestar de la mano de la Constitución del 78

Además de esa toma de conciencia del carácter plural de Navarra, otro elemento clave de aquel periodo fue la apuesta decidida de nuestros políticos por el progreso económico y el bienestar, conscientes de que el desarrollo armónico y la igualdad de oportunidades para todos los ciudadanos eran la mejor garantía para una convivencia al abrigo de los vientos extremistas. La hoja de ruta de los dirigentes de la época era clara: solo si Navarra progresaba podría ayudarse a sí misma y por extensión, ser solidaria con el resto del país. La combinación de unas acertadas políticas económicas y sociales que incentivaban la inversión y el talento, junto con el trabajo incansable de los navarros y el esfuerzo de aquellos

inmigrantes de regiones tan lejanas como Castilla, Extremadura o Andalucía, toda esa suma de elementos, fueron determinantes para la paulatina transformación de una economía eminentemente agrícola en otra de tipo industrial, moderna y diversificada, que impulsó una redistribución de la riqueza de una manera más equitativa y solidaria. Nuestros abuelos nunca sonaron, ni de lejos, con las condiciones que los navarros contemporáneos hemos disfrutado en materia de educación y sanidad, ni con las grandes infraestructuras de autovías y autopistas que han vertebrado el territorio y lo han conectado con el resto de España y de Europa.

Por todo ello, la responsabilidad de nuestros políticos actuales es enorme, tanto la de aquellos que nos gobiernan como la de quienes pueden aspirar a hacerlo a partir de 2019. La vida cotidiana de un navarro tiene siempre muy presente la pluralidad, el respeto y el cuidado de la concordia en el ámbito privado de la familia, los amigos o los compañeros de trabajo. Así que resulta muy inquietante constatar que la Comunidad Foral comparte algunos de los síntomas de la enfermedad independentista que ha sumido a Cataluña en la esquizofrenia actual.

Nuestros abuelos nunca sonaron, ni de lejos, con las condiciones que los navarros contemporáneos hemos disfrutado

La política es cuestión de ahora o nunca y, desde el comienzo de la legislatura, el actual Ejecutivo foral ha estado decidido a desarrollar una potente acción de gobierno de corte nacionalista en elementos tan estratégicos para el control social como son la educación y la lengua. Todos los caminos llevan a Roma, pero los de Navarra parece ser que nos quieren llevar a la República de Euskalherria. No olvidemos, además, que los mensajes de la ortodoxia oficial del Gobierno de Navarra se envuelven también en el abrigo victimista anti-ibérico de España ataca el autogobierno, España no negocia (Convenio Económico, TAV, etc.) que convierte al Estado en una suerte de ente malévol, mezquino y totalitario que ha

agredido a Navarra desde la noche de los tiempos. La cortina de humo de ese imaginario conflicto con Madrid conviene mucho al Ejecutivo cuatripartito para quitarse el foco de su responsabilidad en el paulatino pero constante empobrecimiento de la clase media navarra, atragantada con los impuestos y penalizada en el ahorro, o en su manifiesta incapacidad para sacar adelante la gran infraestructura del TAV. A este adelgazamiento obligado del poder adquisitivo de la clase media, se añaden también unas políticas fiscales poco atractivas para el empresariado y los peligros propios que acechan a la industria moderna (deslocalización, robotización, etc.), de modo que tal vez nos podamos encontrar a medio plazo con un inquietante paralelismo con el escenario catalán.

Quienes gobiernan actualmente Navarra tendrían que ocuparse más de esas miles de familias navarras que tienen grandes dificultades para llegar a final de mes y abandonar los afanes independentistas y rupturistas, completamente anacrónicos en la Europa del siglo XXI. Por otro lado, los diferentes partidos de la oposición constitucionalista en Navarra disponen tan solo de dos años para presentar unos proyectos políticos sólidos y con una condición inapelable: ser atractivos para los jóvenes. Se sabe que el desempleo, la precariedad y la falta de expectativas son una excelente fábrica de ciudadanos descontentos. Y los votantes jóvenes y enfadados son la presa favorita para esa política de las emociones que con tanta habilidad manejan los nacionalistas y los populistas, como ha quedado demostrado a tenor de los convulsos acontecimientos de sobra conocidos por todos.

Dilapidar la herencia de nuestro pasado y hasta la de nuestro presente en estériles enfrentamientos identitarios y políticos que tensan la sociedad navarra hasta los límites de la fractura social, sería un error irreparable para las siguientes generaciones de navarros que merecen vivir en una Navarra próspera, plural y rica en su diversidad cultural, pero siempre empeñada en el esfuerzo solidario colectivo de ayudar a construir nuestro país, España y, por qué no, también

Europa.

Artículo firmado por Elena Sola en el suplemento Especial del Día de Navarra

Diario de Navarra, 3 de diciembre de 2017

[MARCA NAVARRA 3DIC 2017 – Suplemento – Monografico – pag 24](#)

[MARCA NAVARRA 3DIC 2017 – Suplemento – Monografico – pag 25](#)



Medallas de turbio reverso

El autor sugiere el replanteamiento de la política de galardones en Navarra para evitar devaluarlos y para conseguir que sean motivo de celebración y no del espectáculo de división que han ofrecido a los

navarros

Los navarros somos gente innovadora, también en orfebrería, y al elegante diseño de la medalla de Navarra, que se entrega el 3 de diciembre, le hemos añadido un elemento extra; un segundo reverso de turbias connotaciones. Sobre su conversión en un galardón a título póstumo y su politización se ha escrito largo y tendido en esta misma sección. Baste resaltar que, como consecuencia, la medalla ha pasado a ser un motivo más de banderías y disensión. No somos capaces tener la fiesta en paz.

La politización de la medalla de 2017 se puede leer en dos niveles. El primero y más evidente entronca con la polémica a cuenta de los símbolos propios de Navarra. No me extenderé en este punto, sino en un segundo nivel que me parece menos evidente y más serio si cabe. Me refiero a las consecuencias últimas de las reprobaciones parlamentaria y municipal.

El procerío foral ha recibido indignado la concesión de la medalla a don Arturo Campión, que lleva ochenta años criando frondosas malvas. A don Arturo le han llamado integrista, racista, xenofobo y antisocialista, y por ello ha sido reprobado en el Parlamento Foral y el Ayuntamiento de Pamplona. El nacionalismo vasco, por su parte, ha considerado todo aquello como asuntos circunstanciales, producto del espíritu de su tiempo, y se ha mostrado comprensivo e incluso indulgente. No es raro: lo que se dice de Campión se podría decir de Sabino Arana, y nadie le va a tirar piedras a un tejado bajo el que puede estar el Padre de la Idea.

Curiosamente, el escrúpulo mostrado por el nacionalismo a la hora de contextualizar las ideas del difunto Campión no opera cuando se trata de "fascistas" a honrados ciudadanos del presente, que no hacen otra cosa que defender una línea de pensamiento diferente a la suya. Por lo visto los escrúpulos

nacionalistas son como un sombrero, que se pone o se quita según sople el viento.

En el fondo, a Campi3n se le ha pretendido someter a un torpe remedo de los Tribunales de Honor, que por cierto est3n prohibidos por el art3culo 26 de la Constituci3n de 1978. Estos tribunales no juzgaban actos aislados sino y estados de opini3n acerca de la dignidad de un individuo para formar parte de un cuerpo. Salvadas las l3gicas distancias, el aroma a arbitrariedad es muy similar, y la clave es la expresi3n "estado de opini3n". Campi3n puede no ser santo de mi personal devoci3n, pero eso no es motivo de reprobaci3n, como no lo es para , pongamos por caso, quemar sus obras. Creo que hace falta algo m3s que una opini3n para reprobar o censurar a nadie, por muerto que est3.

La reprobaci3n de Campi3n, impulsada por algunos que dicen ser progresistas, se basa en el desajuste de sus ideas con el canon ideol3gico imperante, y tiene notables similitudes con esas declaraciones de "persona non grata" que tan de moda se han puesto.

¿Acabara' ese entusiasmo reprobatorio ejerci3ndose contra los vivos?. Porque a mi lo que me preocupan son los vivos, y las consecuencias que sobre su vida y su libertad pueden tener estas actitudes si pasan de anecd3ticas a habituales.

No quiero finalizar estas l3neas sin sugerir un replanteamiento de la pol3tica de galardones en Navarra. Es necesario pensar serenamente si es factible mantener una Medalla y un Premio Pr3ncipe de Viana de periodicidad anual sin correr el riesgo de devaluarlos o incurrir en situaciones como la de este a3o. Es necesario tambi3n que, sea cual sea el devenir futuro de estos premios, se recupere el sentido com3n y la compostura. La entrega de un premio, por su propia naturaleza simb3lica, debe ser motivo de celebraci3n y uni3n,

no el espectáculo de división que nos ha tocado ver.

Mientras tanto, reciba el lector mis deseos de un felicísimo Día de Navarra.

[2TRibujande opinión de Alfredo Arizmendi en Diario de Navarra](#)



Navarra: del 'cierto riesgo', al riesgo cierto

Está Navarra inmersa en algo parecido a lo que ha llevado a Cataluña a la peor crisis institucional y civil de la historia reciente de España? Para responder no bastan un sí o un no. Hacen falta visión retrospectiva y cierta capacidad de proyección, sobre todo si queremos dar una respuesta productiva, y no solo una contestación tajante según el parecer político de cada cual.

Durante su investidura como presidenta del Gobierno de Navarra, Uxue Barkos, reconoció ser la presidenta abertzale de una comunidad que no lo es. Me pregunto si no estaría pensando "que no es abertzale... de momento". Tiempo después, Andoni Ortuzar, presidente del PNV, afirmó que el gobierno de Barcos estaba "poniendo a Navarra en el camino correcto tras años en la senda equivocada". El nacionalismo vasco, en suma, considera el hecho de no ser Navarra mayoritariamente abertzale como una anomalía que debe ser revertida.

Dejemos la Navarra de hoy, y viajemos a la Cataluña del 27 de octubre de 2007, exactamente diez años antes de la aplicación del artículo 155 de la Constitución. ¿Qué preocupaba a los catalanes aquel día? La hemeroteca de “La Vanguardia” nos cuenta que Cataluña andaba muy mosqueada con los socavones de las obras del AVE en Barcelona, una crisis que había llevado a Rodríguez Zapatero a plantearse el cese de la ministra del ramo. También traía el periódico cosas como un hackeo a Ronaldinho, y la información sobre la entrega de los premios Príncipe de Asturias. En su discurso Felipe de Borbón había dicho que los premiados “no piensan igual, pero son capaces de convivir en la diferencia”, y reconoció “su capacidad de considerar su propia diversidad como una fuente de enriquecimiento colectivo”. Prudentes palabras que, al menos en Cataluña, cayeron en saco roto.

Hace diez años, como vemos, no se hablaba de independencia, ni de república catalana, ni de esteladas. Hoy es casi imposible encontrar otra cosa. ¿Cómo ha podido ocurrir?

Mi impresión es que estas derivas, allá y aquí, ocurren porque no se hace una adecuada valoración de riesgos. Por naturaleza declinamos enfrentarnos a las cuestiones que amenazan nuestro statu quo. Nos fastidian, y preferimos despacharlas rápidamente. “Bah, son cuatro gatos”, “Esto es cultura, y la cultura no entiende de política”, “a mí no me convence, pero los chavales disfrutan y no voy a ser el raro de la cuadrilla”, “Lo mejor es tener la fiesta en paz.” ... Percibimos que existe algo que nos incomoda, pero nos cuesta tomar una posición individual clara y sostenida, sobre todo si nos enfrenta a nuestro entorno inmediato. Colectivamente, es decir, en manifestaciones y concentraciones, somos otra cosa, porque las masas proporcionan el componente protector del anonimato y eso que ahora se llama el “subidoón” de participar en un acontecimiento.

Esta actitud, de la que todos ustedes conocen algún ejemplo, no es otra cosa que dejadez. Es la dejadez de muchos la que ha

permitido al nacionalismo campar a sus anchas, reconduciendo a la ciudadanía al “camino correcto” del que hablaba Ortuzar, convirtiendo un riesgo aparentemente controlado, en un peligro cierto y creciente de ruptura. En esto, por cierto, no deja de tener su parte de culpa una forma de hacer política consistente en la repetición infatigable de una cháchara que al ciudadano ni le informa ni le inspira, sino que le anestesia y le llega a incapacitar para la reflexión, convirtiéndole, como mucho, en un sumiso repetidor de consignas que cada cuatro años es convocado a la “fiesta de la democracia”.

Con lo expuesto hasta ahora ¿Esta Navarra inmersa en un proceso equiparable al catalán?

Cada sociedad tiene sus características peculiares, y Navarra no es Cataluña. Pero hay algo el caso navarro que invita a pensar que nuestro “cierto riesgo” se convertirá, andando el tiempo, en un riesgo cierto de anexión y secesión. De momento, es un asunto que nos tiene bastante ocupados a unos y otros, cosa que apenas hace diez años no ocurría en la hoy convulsa Cataluña. Instalémonos nosotros en la dejadez y en el “eso no es asunto mío”, y ya veremos cómo estamos dentro de diez años.

Para concluir es conveniente volver a escuchar al señor Ortuzar, que en su momento apostó abiertamente por “un nuevo Zazpiak Bat, un Zazpiak Bat del siglo XXI, con tres realidades institucionales cada una con su propio camino”. Tres caminos de los que Ortuzar dijo “Nuestro trabajo será que se junten en el futuro”, cabe imaginar que en esa República Confederal de Euskal Herria de la que se viene hablando desde hace unos meses y que tanto gusta a Arnaldo Otegi. Ya saben, el hombre de paz. Como para estar tranquilos. Como para pensar que aquí no está pasando nada.

Alfredo Arizmendi Ubanell

es licenciado en Medicina y Odontología y miembro de Sociedad



Una gran nación

Una gran nación se caracteriza por tener gentes diversas, emprendedoras y solidarias y unos recursos suficientes para alcanzar el progreso que le conduzca a un desarrollo equilibrado, sostenible y solidario. La España unificada y renacentista del siglo XVI llegó a ser la primera potencia mundial de la época con un imperio “en el que no se ponía el sol”. El dominio del comercio mundial de la lana tuvo mucho que ver en ello. Después, llegarían momentos muy duros de invasiones, guerras fratricidas, regímenes totalitarios..., que llevaron aparejados pobreza, ignorancia, disputas y depresión social. No éramos capaces de sacudirnos de encima los complejos y el pesimismo: la fragilidad de la identidad nacional y la baja autoestima campaban a sus anchas.

Lo que hizo que los ojos del mundo volvieran a posarse en nuestro país fue lo conseguido en los años de la transición dentro del marco de la Constitución actual (1978), un ejemplo de convivencia y de buen hacer, ayudados por la generosidad europea. Nuestro PIB se ha multiplicado por dieciocho en 40 años de democracia y europeísmo.

La tradición europeísta española ha sido muy marcada desde siempre. Es poco conocida la obsesión de Carlos I por una

Europa fuerte y unida, hasta el punto de encargar al gran médico humanista segoviano Andrés Laguna un tratado sobre Europa. Este humanista alumbro'el "Discurso de Europa", que él mismo represento' en Colonia en 1542 -delante de los grandes mandatarios euro- peos-, en el que defendió la cultura como la gran amalgama euro- pea por encima de políticas y fronteras.

La reciente crisis de la que parece que estamos saliendo, hizo aparecer nuevos fantasmas que creíamos olvidados: paro, desigualdad social, tensiones... Ahora que los vientos de la recuperación vienen de popa ha llegado el momento de que la gran masa social vuelva a ilusionarse. El objetivo prioritario tendría que ser diseñar un futuro entre todos, con unas metas ilusionantes para todos. Es un principio básico de cualquier gran proyecto ciudadano. Este objetivo tiene que pasar por el progreso equilibrado, sostenible y solidario, que es lo mismo que decir justo. Sin progreso no se crea riqueza: no hay trabajo, no hay una buena enseñanza, no hay una buena sanidad, no hay ayudas sociales, no hay equilibrio medioambiental, no hay solidaridad con las regiones deprimidas del planeta. Ya a finales del S. XIX se acuñó en Europa la palabra progreso, casi como obsesión social, en la creencia de que la ciencia y la técnica hacían a la sociedad más rica, más sana, más tolerante y más alegre. Esto lo explica con claridad el escritor austriaco S. Zweig en su obra "El mundo de ayer" (Ed. Acantilado).

Ahora tenemos un gran problema social del que no conseguimos despegarnos: el paro juvenil. Nos alarmamos porque nuestros hijos se ven obligados a emigrar para conseguir trabajo. El drama no es que tengan que salir, que a menudo es saludable por lo que tiene de enriquecedor, el drama será cuando quieran volver pasados unos años y no encuentren un sustrato laboral que les pueda acoger. Hay que pergenar planes de reincorporación de jóvenes experimentados que pueden hacer mucho por nuestro país. Una decidida inversión en conocimiento (I+D+i) es obligada si queremos ser un país moderno y avanzado

para garantizar un buen estado de bienestar para todos.

España como ente es apolítica y acoge toda clase de opción política de las reconocidas como lícitas. Tenemos que seguir remando todos en la dirección del progreso. Es necesario recuperar aquel espíritu de concordia que imperó en la transición, que hizo posible que España alcanzara el nivel de progreso que nunca antes había conseguido. Qué equivocados están aquellos partidos políticos y sus dirigentes que no creen en España como nación, que desunen lo que otros han tejido y que no son solidarios con los españoles de otras regiones. Tenemos el ejemplo del reciente disparate catalán.

El cambio ha sido tan grande en estas últimas décadas que hemos conseguido que la marca España sea admirada en el resto del mundo. Algunos ejemplos: el 40% de las grandes infraestructuras del mundo están siendo ejecutadas por empresas españolas. Somos uno de los países líderes en energías limpias y el de mayor número de Reservas de la Biosfera. La mayor empresa textil del mundo es española. Telefónica posee más de 300 millones de usuarios. España sigue siendo el país líder en trasplante de órganos y el 2o con más esperanza de vida (después de Japón). Tenemos el 3er. patrimonio cultural del mundo... ¿Merece la pena sentirse españoles y europeos?

Antonio Purroy Unanua es ingeniero Agrónomo y miembro de Sociedad Civil Navarra